

La maldición del alba

Karen Chance



Traducción de Nuria Hernández Buendía



PANDORA

Libros publicados de Karen Chance

CASSIE PALMER

1. El aliento de las tinieblas
2. La llamada de las sombras
3. Envuelta en la noche
4. La maldición del alba

DORINA BASARAB

1. La hija de la medianoche

Próximamente

2. *Death's Mistress*

Título original: *Curse the Dawn*
Primera edición

© Karen Chance, 2009

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-606-3 Depósito Legal: B-30257-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

A M. B. B.

Agradecimientos

Gracias a Laurence P. Lehman por su amena conversación sobre los voivodas.



Seguirle la pista a un viajero del tiempo es una tarea difícil aun siendo uno de ellos. Máxime, cuando dicho viajero te tiene totalmente calada.

—¿Podemos hablar? —grité desde detrás de la columna mientras esquivaba una lluvia de balas.

La mujer que me asediaba desde el otro lado del sótano apuntó con la linterna hacia donde yo me encontraba.

—Claro —contestó, con tono amigable—. Quédate quieta un momento.

Sí, vale.

Me llamo Cassie Palmer, y mucha gente cree que me falta un hervor. Mi cabello rubio rojizo, que suele tener el aspecto del de Shirley Temple en mitad de un vendaval, tiene parte de culpa. Mis ojos azules, unas mejillas ligeramente rechonchas y la nariz respingona también tienen algo que ver, aunque la mirada de la mayoría de los hombres no suelen llegar hasta allí arriba. Pero, rubia tonta o no, esto no lo he provocado yo.

Mi arma, una Beretta nueva de nueve milímetros, me ocupaba la cinturilla entera de los vaqueros y me golpeaba insistentemente en la cadera. Lo ignoré. Algunos años después, la mujer de la pistola me iba a dejar un pequeño mensaje que me salvaría la vida. En cierto modo, quería que viviera para escribirlo. Por no mencionar que disparar a la gente es una buena manera de asegurarte de que no quieran hablar contigo, y teníamos que hablar.

—¿Desde cuándo contrata mujeres la Comunidad? —preguntó, más cabreada aún.

Me quedé completamente inmóvil, apoyada en una de las columnas de madera que sostenían el techo. En cuanto a escondites se refiere, aquel era una mierda, pero tampoco es que hubiera mejor alternativa. Los muros del sótano eran de piedra, excepto las zonas que habían sido recubiertas de ladrillo. El techo era plano y de madera, creo que porque también era el suelo del piso de arriba. Y eso era todo, aparte de algunos viejos barriles, un poco de moho y mucha penumbra.

Aun estando vacío, aquel sitio era lo suficientemente grande como para que le hubiera costado dar conmigo si me hubiera estado callada. Por otro

lado, si yo no decía nada nos iba a resultar difícil mantener una conversación.

—Mira, evidentemente, me has confundido con... —estaba diciendo, cuando ella salpicó de balas la pared que tenía detrás.

Empezaron a caer sobre mí punzantes partículas de ladrillo y mortero antiguo, y algunas me debieron de rozar la cara, ya que sentí que me caía por el cuello un reguero de sangre. El silencio que siguió a la ráfaga me provocó un pitido en los oídos y me puso de los nervios, por lo que, instintivamente, apreté la mano alrededor de la pistola. La bajé. No estaba allí para abrir fuego sobre ella, me tuve que recordar con severidad.

Aunque aquella idea estaba empezando a cobrar fuerza.

—Creía que no erais más que una panda de gilipollas misóginos con delirios de grandeza —me espetó.

Me quedé obstinadamente callada, lo cual pareció encabronarla. Un par de balas golpearon la madera que tenía a la espalda, haciendo temblar la columna. Me mordí el labio para guardar silencio, hasta que sentí un pellizco firme en la nalga izquierda. Unos segundos después, el pellizco se convirtió en un dolor intenso.

Me llevé la mano a la zona y la noté húmeda y pegajosa, con algo que parecía negro bajo una luz casi inexistente. Me quedé mirándomela con incredulidad. *No llevo aquí ni diez minutos y ya me han disparado en el culo.*

—¡Me has dado!

—Sal y acabo con tu dolor.

—Sí... para siempre.

Paró un instante para recargar y corría refugiarme detrás de un tonel que había cerca. En cuanto a cobertura, no suponía una mejora significativa, así que tuve que agacharme sobre el frío y mugriento suelo para ocultarme. Pero, al menos, las partes más vulnerables de mi anatomía no sobresalían por los lados.

Exploré la raja que había en la parte trasera de los vaqueros. La bala solo me había rozado, era lo que Pritkin, mi mago de la guerra favorito, llamaría una herida limpia. Probablemente, me hubiera puesto una tirita y me habría dicho que dejara de jerimiquear, (sea lo que sea lo que eso signifique) y hubiera acabado gritándome por haber recibido un disparo. Pero dolía.

Por supuesto, me iba a doler mucho más si me volvía a disparar. Eché un vistazo por encima del barril, con la esperanza de poder decirle algo razonable mientras permanecía temporalmente incapaz de matarme. Pero, en lugar de eso, un movimiento cerca de las escaleras atrajo mi atención. El tenue resplandor de su linterna se reflejó en el cañón de una semiautomática que había surgido de la penumbra, lo cual era un problema, dado que estábamos en 1605 y aquel tipo de pistola aún no había sido inventada.

Y lo que es peor, le apuntaba a la cabeza.

—¡Detrás de ti!

No vaciló. La linterna salió volando rozando la piedra, distraiendo al atacante, que lo voló todo por los aires mientras ella desaparecía entre la oscuridad. Una bala perdida impactó en un pequeño barrilete de madera. Parecía inofensivo, pero debía de contener el equivalente a varios cartuchos de TNT, ya que se produjo una ensordecedora explosión, seguida de una bola de fuego anaranjada que se propagó hasta el techo.

Empezó a llover fuego por todas partes, también sobre la mano y el brazo del atacante. La pistola dio contra el suelo y un hombre saltó del hueco de la escalera, batiendo las manos desnudas contra el fuego y chillando. También dejó caer un farol que empezó a rodar por las piedras dibujando lentas parábolas, iluminándolas intermitentemente, como un estroboscopio.

Era un rubio alto, desgarbado, con rasgos equinos, cuyo rostro estaba parcialmente oculto bajo un sombrero flexible. Llevaba un largo chaleco oscuro, pantalones cortos y una camisa humeante que se estaba deshaciendo rápidamente. Consiguió deshacerse del fuego arrojando el chaleco y arrancándose la camisa, dejando al descubierto un torso blanco y algún pelo chamuscado. Se inclinó para recoger la pistola que se le había caído y una bala le esquiló algún pelo más, esta vez de la cabeza.

Se quitó el sombrero y se quedó mirando el agujero que tenía en la copa, como preguntándose cómo había llegado allí. La mujer se delató al volver a abrir fuego, pero él debía de ser mago, ya que había logrado ponerse las protecciones. Las balas chocaron contra ellas y se quedaron clavadas a algunos metros de su cuerpo, cayendo de los puntos de impacto. Se quedó mirando una que le habría dado justo entre los ojos y lanzó un pequeño grito.

No parecía estar en absoluto acostumbrado a las armas de fuego, porque perdió la concentración. Los protectores desaparecieron con ella y las balas suspendidas cayeron al suelo, repiqueteando en el suelo como las cuentas de un collar. Agarró la pistola con dedos torpes por culpa de la adrenalina e hizo algunos disparos al azar en nuestra dirección hasta que, tambaleándose, cruzó una puerta que había cerca de la escalera. No dejó de gritar ni un solo instante.

La mujer apartó a patadas algunos trozos de madera humeantes y penetró en el aura de luz que desprendía el farol. Cogió la linterna y apretó el botón varias veces, pero no funcionaba, así que soltó un suspiro y se la metió en uno de los bolsillos de la chaqueta que llevaba puesta. Era de lana color camel y parecía abrigar bastante, por lo que pude ver con envidia. Debajo llevaba un vestido de seda color lavanda cruzado por arriba y con mucho vuelo hasta la rodilla. Parecía June Cleaver¹ arreglada para salir, añadiéndole como accesorio el arma de fuego.

¹ N. de la t.: June Cleaver es un personaje de ficción de una serie americana de los años cincuenta llamada *Leave it to Beaver*, y que representa a la perfección el prototipo americano del ama de casa de clase media de la época.

Era la primera vez que la veía claramente y tardé unos segundos en corregir mi imagen mental. La última vez que nos habíamos visto había sido en otro viaje en el tiempo, pero ella viajaba en espíritu en lugar de corporalmente y había optado por adoptar la apariencia de una joven. En carne y hueso no tenía un aspecto demasiado distinto. Entre el cabello castaño asomaban algunos mechones plateados y tenía algunas arrugas en torno a los ojos y a la boca. Pero seguía teniendo la esbelta figura de siempre y su semblante (de exasperado divertimento) resultaba inquietantemente familiar.

—Sal. No te voy a hacer daño —prometió.

—¿Quieres decir que no me vas a hacer más daño? —le pregunté, nerviosa.

—Estás escondida tras un barril repleto de pólvora. Si quisiera verte muerta, habría disparado contra él —me informó con retintín.

Daba golpecitos con el pie con impaciencia y había bajado el arma. Eso no tenía por qué significar nada, pero la cuestión era que yo no había llegado hasta allí para esconderme en la oscuridad. Por muy atractivo que aquello sonara. Además, no creo que estuviera bromeando con respecto a lo de la pólvora.

Me empecé a asomar lentamente.

—¿Dónde te he dado? —me preguntó.

—En el culo. —Hizo una mueca con los labios—. ¿A que tiene gracia?

—Si tú lo dices. —Me observó. Mi vestimenta era más apropiada que la suya para arrastrarse por un sótano húmedo, aunque no llevaba ninguna chaqueta. Llevaba puestos unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camiseta en la que ponía: «Cogí la calle menos transitada. ¿Y ahora dónde diablos estoy?» y, aun así y por alguna razón, ella iba perfecta, mientras que yo me había hecho un desgarrón en las rodilleras de los vaqueros y tenía los brazos manchados de algo negro. Me llevé la muñeca a la nariz y la olí.

No estaba bromeando.

—¿Estás jugando al escondite en un sótano lleno de pólvora? —le pregunté con incredulidad, sacudiéndome el cuerpo con desesperación.

—Un sótano lleno de pólvora que algún idiota está tratando de hacer saltar por los aires —me corrigió—. Así que ahora estoy un poco tensa. ¿Quién eres y por qué estás aquí?

Había llegado el momento, no sabía muy bien por dónde empezar.

—Es complicado —dije al fin.

—Siempre lo es. —Se dirigió hacia la puerta por donde había desaparecido el mago, pistola en mano—. No eres de la Comunidad.

—Ni siquiera sé lo que es eso —contesté, moviéndome para levantarme—. ¿Es uno de ellos el tipo que estamos tratando de cazar?

—Es a quien estoy tratando de cazar yo. No sé quién o qué eres. —Enganchó el farol y lo tiró hacia donde yo estaba.

Lo recogí reticente, temerosa de los restos de pólvora que pudiera haber cerca de la llama. Era un pequeño objeto extraño, tenía la forma de una jarra de

cerveza, con un cuerpo negro metálico y una puertecita que se podía abrir o cerrar para controlar la llama. Lo abrí del todo, pero no tuvo mucho efecto.

—Soy Cassie. Y, eh... soy... bueno, la pitia.

Se sorprendió. Volvió a recorrerme el cuerpo con su mirada azulada.

—No me lo creo —me dijo, cortante.

La pitia era la vidente principal de la comunidad sobrenatural y, además, también era la persona encargada de mantener la integridad de la línea del tiempo, lo cual hubiera seguido siendo una tarea igual de jodida si hubiera tenido la más mínima noción de lo que estaba haciendo. Pero, dado que no lo sabía, además resultaba ser una tarea extremadamente peligrosa.

Mi asaltante se llamaba Agnes, también conocida como lady Phemonoe, la anterior pitia. Ella era la que me había traspasado este marrón, para después morirse antes de poder enseñarme nada. En consecuencia, me había tirado los primeros quince días de mi primer mes en el puesto tratando de salir de aquello, y el resto intentando salvar la vida. Así que me había llevado algún tiempo comprender lo evidente: ahora era una viajera del tiempo, me gustara o no. La muerte de Agnes no tenía por qué significar que no pudiera enseñarme. Tan solo tenía que hacerlo en el pasado.

No tenía intención de irme tan lejos, pero siempre estaba rodeada de gente que podía reconocerme y tener resentimientos hacia otro viajero del tiempo. Pillarla sola era muy difícil.

Probablemente, no tan difícil como hablar con ella con aquel pensamiento.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunté.

—Supongo que serás la nueva heredera de alguna pitia y estarás dándote una vuelta probando tus poderes —contestó, deteniéndose junto al agujero negro de la puerta—. ¡*Uau!*, mira, puedo viajar en el tiempo. ¿A que es guay? —dijo gesticulando.

—¡No me estoy dando ninguna vuelta! ¡Y no creo que recibir disparos y que casi me hagan saltar por los aires sea muy guay!

—Yo hice lo mismo unas cuantas veces cuando era joven y estúpida —añadió, ignorándome—. Y casi me matan. Escucha un consejo: vete a casa.

—No hasta que hablemos —le dije con vehemencia—. Y aquí no puede ser. La explosión ha sonado de tal modo que la habrán oído hasta los muertos. ¡Probablemente ya habrá alguien de camino para averiguar lo que ha ocurrido!

—Yo no me preocuparía demasiado por eso —afirmó, quitándose unos pequeños zapatos de tacón color champán—. Estos sótanos datan del siglo once y cuando los reconstruyeron, lo hicieron con intención de que duraran. Las paredes tienen dos metros de grosor.

Ya se me estaban empezando a relajar los músculos de la espalda cuando un tonel salió disparado de entre la oscuridad, dando botes hacia nosotras. Agnes cerró de un portazo y retrocedió, agachada, y yo lo esquivé escondiéndome tras una columna. Al momento, volvió a escucharse una segunda explosión ensor-

decedora y una lluvia de fragmentos procedentes de la otra puerta saltaron por toda la habitación, atravesando todo lo que se encontraban por el camino.

Un trozo de hierro dentado de una de las bisagras cayó en el suelo junto a mí, hundiéndose en la piedra, a tres centímetros de mi pie derecho. Me moví bruscamente y me quedé mirándolo con los ojos como platos.

—¿Por qué donde quiera que vaya siempre me dispara alguien? —pregunté histérica.

—¿Por tu encantadora personalidad? —sugirió Agnes—. Y, si no te gusta, siempre puedes, oh, no sé, ¿irte?

—¡No me voy a ninguna parte!

Agnes no contestó. Miré desde detrás de la columna y la vi acercarse con cautela a lo que antes era la puerta. La abertura estaba rodeada de fragmentos en llamas de los que salían gases tóxicos que ascendían lentamente en remolinos. Parecía la puerta del infierno; ella se agazapó, echándose a un lado, mirando al interior de la penumbra.

—¿Quién es la Comunidad? —murmuré, uniéndome, a pesar de tener más sentido común que ella.

—Una orden de magos a los que les encanta jugar con peligrosos hechizos. Por desgracia para nosotras, no siempre vuelan en pedazos cuando practican.

—Lo cual es un problema porque...

—Porque son viajeros del tiempo.

Se inclinó y yo la agarré del brazo.

—Espera. ¿Vas a entrar ahí?

—Ese es nuestro trabajo.

—¡Que le jodan al trabajo!

—Desde luego. —Se desembarazó de mi mano y cruzó el umbral; al apoyar los pies descalzos sobre las viejas piedras, se oyó un eco.

—¡Agnes! —murmuré, pero no hubo respuesta. Escudriñé la penumbra durante un instante, mepecé a blasfemar y la seguí.

Había cerrado la portezuela de cristal del farol, pero seguramente se habría abollado al caer y ya no encajaba bien. Por ella se filtraban unos haces de luz sepia, confiriéndole al muro de piedra que me rodeaba un tono dorado, y convirtiendo nuestras sombras en corpulentos monstruos. Inspeccioné de nuevo la oscuridad que inundaba el resto de la habitación y traté de no pensar en tiradores certeros ni en blancos fáciles.

Cuando se produjo el ataque, la única señal fue un parpadeo rojo en la penumbra. Agnes apuntó hacia él, pero, antes de que le diera tiempo a apretar el gatillo, un rayo con la forma de una sangrienta serpiente atravesó la habitación, dándole en el hombro. Giró y cayó sobre mí profiriendo un grito ahogado.

Tiré el farol y la sujeté, al tiempo que cogía mi pistola. Pero solo logré dar un par de disparos al aire, pues ella me agarró de la muñeca:

—Aquí dentro no.

—No protesté porque tampoco tenía blanco al que disparar. La saqué de la parte iluminada, arrastrándola, y la llevé a la sombra de un pilar que había cerca. Ella miró a un lado, pero, a menos que tuviera una vista endemoniadamente mejor que la mía, no vio nada. Agucé el oído, pero no se oyó nada, excepto su respiración entrecortada.

—Puede que le haya dado —susurré.

—No tengo tanta suerte.

Su voz sonaba forzada y, en el hombro del vestido, relució algo líquido.

—Te ha dado.

—Maldita sea, es culpa mía. —Se despegó la gasa color violeta, dejando al descubierto una quemadura con muy mal aspecto—. Le presté la protección a mi heredera para que hiciera un ejercicio de entrenamiento, pero se escapó con algún imbécil. Naturalmente, ni se molestó en devolvérmela.

Me mordí el labio sin contestar. La protección en cuestión era un tatuaje con forma de pentáculo del tamaño de un plato pequeño, que en aquel momento se encontraba entre mis omóplatos. No era efectiva contra las armas humanas, pero resultaba de lo más increíble a la hora de defenderte de un ataque mágico. Mi madre, que fue la heredera de Agnes antes de huir sabiamente a las colinas, me la había entregado. Pero, por alguna razón, no consideré que aquel fuera un buen momento para sacar el tema a relucir.

—¿Sueles ponerte tacones para perseguir a hombres armados? —opté por preguntarle.

Meneó los dedos de los pies, ahora descalzos, haciendo que se agrandara un poco más la carrera que llevaba en las medias.

—Tuve que salir en medio de una cena.

—Podrías haberte llevado un guardaespaldas.

—Sí, ¡no me hacía falta otra cosa! Otro mago. ¡Para que acabe explotando y haciéndolo saltar todo por los aires!, ¡ahorrándole el trabajo a la Comunidad!

—¡Y puede que salvándote la vida!

Apoyó la cabeza en la columna con aire cansado.

—Eso lo puedo hacer sola.

Crucé los brazos, pero no dije nada. Aún tenía la respiración entrecortada y no tenía buen color, no estaba en situación de escuchar sermones. No era la única que había dejado tirado a un compañero.

Pritkin me odiaba a muerte por la misma razón: estaba seguro de que, tarde o temprano, iba a joder algo que no podríamos arreglar. Decidí ahorrarme un disgusto y no mencionarle mi viaje, pero aquella había sido una decisión de la que estaba empezando a arrepentirme de haber tomado. Él llevaba munición de sobra para tres personas, tres personas estilo Rambo. Nos hubiera sido de lo más útil en aquel momento.

Unos instantes después, Agnes trató de ponerse en pie. Se levantó, agarrándose a la columna, con la cabeza inclinada y la frente marcada por el dolor.

—¿Puedes volver a tu año? —le pregunté—. Porque si no es así, yo puedo...

—Hay algo que debo hacer —contestó, irguiéndose y cuadrando sus delgados hombros—. Necesitamos más luz.

—¡Lo que tenemos que hacer es salir de aquí!

—Entonces vete. Nadie te retiene. —Me quedé mirándola un instante, verdaderamente tentada, empecé a soltar improperios y fui corriendo a toda prisa para coger el farol. Para mi sorpresa, nadie me disparó.

Tenía una anilla soldada en la tapa superior, así que cogí una vara de uno de los montones de leña que crujía a nuestros pies y enganché el farol de un extremo. Abrí la portezuela al máximo y alargué el artificio, quedándome detrás de la columna con Agnes. Esperaba encontrarme un cuerpo derrumbado en el suelo, pero la cálida luz dorada empezó a alumbrar docenas de barriles y toneles.

Algunos de ellos estaban medio enterrados bajo los montones de madera y carbón que casi copaban la habitación, pero otros estaban amontonados, como si esconderlos hubiera sido ya demasiado trabajo. O puede que el problema fuera que aquellos barriles tuvieran filtraciones.

El que teníamos más cerca tenía una grieta en un lateral del tamaño de mi dedo. A su lado, el suelo estaba cubierto de minúsculos granos que chisporroteaban como polvo negro de diamantes. Cuando comprendí de qué se trataba, me tembló la mano y saltaron unas chispas del farol. Me dio tiempo a pensar «¡Oh, mierda!» y las llamas saltaron del suelo, precipitándose hacia la pila de toneles.

Me tiré hacia donde estaba Agnes, nos tiramos al suelo y la onda expansiva pasó sobre nosotras. El ruido ensordecedor me dejó aturdida; a mis espaldas había fuego y una llamarada de calor lo envolvió todo. *Muertas*, pensé, con una arcada.

Y luego, nada.

Tras un instante de aturdimiento, abrí los ojos y vi una habitación llena de lo que parecía purpurina roja y dorada. Tardé un segundo en percatarme de que se trataba de fragmentos de madera y pólvora en llamas debido a la explosión, congelados en el aire como confeti del Cuatro de Julio. Había un trocito de madera junto a mi mejilla y estaba caliente. Lo aparté de un golpe y se desplazó algunos centímetros, quedando suspendido y fundido como un sol minúsculo.

—Eres como un grano en el culo —murmuró Agnes. Tardé un instante en comprender que había aplastado su cara contra el suelo.

—Por favor. Yo...

—Aléjate de mí.

Rodé hacia un lado y me detuve, parpadeando. A un par de metros había una imagen congelada de las puertas del infierno. Había una bola de fuego suspendida en el aire rodeada de pequeños trozos de madera que antes habían conformado los laterales de un tonel. Había chispas por todas partes, que le conferían a las oscuras piedras un rojo vivo y subrayaban el aspecto noqueado de Agnes.

—¿Qué ha pasado?

—¿A ti que te parece? —me cortó—. ¡Casi lo haces saltar todo por los aires!

—¡No me habías dicho que hubiera pólvora aquí dentro!

—¡Había pólvora ahí fuera! —Agitó un brazo con brusquedad señalando la otra habitación—. ¡Y alguien nos lanzó un barril desde aquí! ¿Qué diablos es lo que quieres, un diagrama?

—Quiero saber lo que está ocurriendo —dije acalorada—. Lo único que sé es que te seguí a un sótano...

—Lo cual no tenías por qué hacer.

—... ¡Y ahora hay un loco que trata de matarnos!

—Al paso que vamos, no tendrá que hacerlo —exclamó Agnes—, tambaleándose al tratar de levantarse. Se le había soltado lo que antes había sido un impoluto moño y el cabello le caía por las sienes y las mejillas. Se le movía delicadamente con la respiración, revelando lo deprisa que latía su corazón. Se llevó una mano a la cabeza.

—Mañana me voy a encontrar condenadamente mal.

—Has detenido el tiempo. —La había visto hacerlo antes; yo misma lo había hecho en una memorable ocasión. Por supuesto, en mi caso, había sido un accidente.

Miró la bola de fuego suspendida.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso?

Decidí ignorar la pregunta y saqué la vara. La empleé para apartar las astillas en llamas. Se diseminaban formando un anillo concéntrico cuyo foco era la explosión, como las esporas de un diente de león infernal. Se meneaban cuando las tocaba, aunque ni se apartaban ni caían al suelo. Me quedé mirándolas un instante y un extraño vértigo me asaltó el pensamiento, al pensar en la distancia que separaba mi nueva vida de todo lo que había conocido hasta entonces.

—Mira —exclamó Agnes, señalando la pared más alejada. El mago estaba parado, aplastado contra las piedras, con un grito congelado en la garganta—. Ya te dije que no le habíamos dado.

Mientras hablaba, había empezado a reunir los fragmentos y restos de pólvora prendida en el aire. Parecía muy segura, pero, por experiencia propia, sabía la tensión que una pequeña parada en el tiempo podía suponer.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar?

—El tiempo suficiente si me ayudas. Y, ten cuidado, si nos dejamos una sola... —No hizo falta que concluyera la frase.

Yo iba aplastando las chispas diseminadas, como si se tratara de moscas hechas de fuego, llevándolas hasta el suelo y pisándolas, pero acabé dándome cuenta de que aquello no servía de nada. El tiempo se había detenido, lo cual significaba que podía saltar tantas veces como quisiera sobre aquellas malditas cosas, pero no iban a desaparecer. Decidí ir juntándolas en el faldón de mi camiseta, mientras Agnes se ocupaba de los barriles más próximos a la

explosión. Algunos fragmentos en llamas habían entrado por los laterales, prendiendo la pólvora y avivando el fuego de los bordes.

Las ascuas que llevaba en la camiseta desprendían un calor molesto. Al final, decidí quitarme la camiseta y utilizarla como red para retenerlas sin quemarme. Cuando terminé, había hecho una docena de montoncitos chisporroteantes en la habitación vacía de fuera. Para entonces, Agnes ya se había ocupado de los barriles, así que centramos nuestra atención en la gran bola.

Golpeé la bola de fuego con una vara, pero permaneció inmóvil, como las sombras que se proyectaban en el techo y las nubes de humo del aire.

—Yo me puedo ocupar de eso —le dije, asiendo el palo. Para mi sorpresa, me dejó hacer sin rechistar. Por lo poco que la conocía, supe que aquello significaba que nos quedaba poco tiempo—. Una cosa que puedes hacer es contarme qué es lo que está pasando.

—¿De verdad no sabes nada de la Comunidad? —me preguntó, mientras me observaba aporreando la bola, como si se tratara de una monumental piñata. Aquello no resultaba muy elegante, pero parecía funcionar. El barril que había explotado y las llamas que lo envolvían empezaron a desplazarse lentamente a través del aire.

—No sé nada. ¡Ese es el problema!

—No son más que una panda de idealistas que pretenden crear un mundo mejor haciendo viajes en el tiempo. Detener las plagas, las guerras y las hambrunas antes de que comiencen, ese tipo de cosas.

—No suena demasiado mal —repliqué jadeante, mientras la explosión se iba desplazando a trompicones hacia la habitación exterior.

—Quizá deberías unirte a ellos. Aunque no les gustan mucho las mujeres. Puede que tenga algo que ver con el hecho de que las pitias les hayan estado desbaratando los planes durante los últimos quinientos años. Llévalo a las escaleras —añadió cuando me detuve para recuperar el aliento.

Miré la escalera sin mucho entusiasmo.

—¿Por qué? El otro explotó aquí y no pasó nada.

—El otro era mucho más pequeño. Ese podría hacer que el techo se derrumbara sobre nuestras cabezas.

Lancé un suspiro y empecé de nuevo a darle golpes a la cosa abrasadora esa.

—Y tendrías que echarle un vistazo a su manifiesto —continuó, mientras yo me iba abriendo paso por las escaleras—. No a todo el mundo le gusta la idea de vivir en un mundo perfecto en el que, si hacemos algo que a la Comunidad no le guste, puedan retroceder en el tiempo para cambiarlo. A los delincuentes reincidentes los borran del mapa. A las parejas se les niega el derecho a reproducirse, si a sus hijos se les ve como una futura amenaza para la Comunidad.

—Vale. Eso suena algo menos atractivo —admití.

—Y hay mucho más. No les va mucho el libre albedrío. Les da igual que la utopía de una persona pueda ser el infierno de otra —continuó, mientras nos adentrábamos en una gran sala.

Sobre los muros, había frescos de temas bíblicos que alcanzaban el techo. La luz de la explosión dio vida a los colores, haciendo que destellaran los dorados, proyectando una luz tenue sobre el cristal reluciente de las altas ventanas abovedadas. Parpadeé, mirando en derredor como una turista, hasta que Agnes me dio unos golpecitos en la espalda.

—Por allí. —Señaló una puerta que yo no había visto—. Y de prisa. No aguantaré mucho tiempo más.

Dejé de golpear el barril y, en su lugar, empecé a empujarlo. Tenía un extraño tacto esponjoso en el centro, supuse que por la pólvora prendida aún sin quemar, lo cual no aportaba mucho equilibrio. No obstante, logré atravesar la larga y estrecha sala con mi bomba pinchada en un palo y salí al exterior. Había varios edificios de piedra y madera de tres y cuatro plantas en torno a un patio. Las chimeneas despedían humo congelado, como unos dedos blancos que alcanzaban un cielo plomizo.

Hacía un frío desagradable y el aire me golpeó el rostro como si se tratara de una toalla mojada. Tardé un instante en darme cuenta de que estaba lloviendo. Había una cortina de agua suspendida en el aire que destelló con la luz que trajimos con nosotras. Las pesadas gotas, como diamantes tallados en cabujón, pendían del alero de los tejados, y caían hasta alcanzar el suelo, sumergiéndose en los charcos. Resultaba inquietantemente hermoso.

—El río —dijo Agnes jadeante, bien de frío o de agotamiento—. Por allí. —Apuntó a la izquierda, donde una hilera de árboles dispersos bloqueaban la vista.

Al emprender la marcha, oí el chapoteo de mis pies en el barro. Bajé la cabeza, pero no sirvió de nada. Enseguida empezó a caerme agua por la frente, entrándome en los ojos por el impulso de mi propio avance. La lluvia no caía sobre nosotras; nos adentrábamos en ella al correr, dejando tras nosotras un sendero de espacio seco, como la estela de un barco.

Para hacerlo todo aún más difícil, había poca luz. Solo se veían algunas estrellas entre el cielo nublado y, aunque desprendíamos luz, esta resultaba escasa. Todo lo que había cerca de nosotras estaba sumido en las sombras.

Aquello era un problema, dado que aquel lugar era un campo de minas repleto de carros, carretillas y cobertizos destartados. Me tropezaba con todo, resbalando en el pavimento mojado, y la cosa empeoró cuando se acabó la piedra y pasamos a la tierra. Pero Agnes se volvía para echarme una mirada asesina cada vez que me quedaba rezagada, así que me apresuraba a alcanzarla.

Atravesamos una zona más o menos abierta en torno a una valla desvencijada y seguimos por un sendero que llevaba hasta una verja de hierro. A nuestros pies, sin duda, había un río. No veía muy bien, pero el olor resultaba

inconfundible: una mezcla de pescado putrefacto, alcantarillado, moho y humedad.

Agnes me dio un empujón.

—¡Deshazte de eso!

Miré a mi alrededor. Un montón de edificios oscuros se agrupaban a lo largo de la rivera en ambas direcciones, aguardando a ser bombardeadas. El único lugar seguro para provocar una explosión era sobre el agua. Pero la vara era demasiado corta para empujar la bola de fuego lo suficientemente lejos como para evitar cualquier mal, y subirme a la verja no serviría de nada. Vislumbré un muro de contención de piedra al otro lado.

Pero tenía que hacer algo. La explosión había empezado de nuevo a expandirse a cámara superlenta. A Agnes se le empezaba a agotar el control del tiempo.

Me volví a quitar la camiseta y envolví la bola llameante con ella.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—¡Improvisar!

La masa incandescente prendió el fino algodón y aparecieron unos cuantos puntos marrones. La camiseta estaba en llamas, pero, con el tiempo aún transcurriendo a cámara lenta, pensé que tendría aún un minuto antes de que se desintegrara. La cogí por los dos extremos, formando un gran tirachinas y giré haciendo un gran círculo hasta que tomé impulso. A continuación, lo solté, lanzando al aire la masa incandescente, que se adentró volteando en la oscuridad.

Llegó hasta el río, la reluciente esfera color rubí se sumergió en las oscuras aguas. Se hundió, iluminando un banco de peces al caer. Entonces, Agnes lanzó un suspiro, el tiempo volvió a su velocidad normal y la explosión submarina lanzó al aire una columna de agua de seis metros.



La mayor parte del agua cayó sobre un barco pesquero cercano que estaba amarrado. Aunque no toda. Me saqué restos de tripas de pescado del sujetador y miré a Agnes. No se percató de ello, dado que ya había emprendido la marcha.

—¿Qué prisa hay? —le pregunté, corriendo para alcanzarla.

—Será otra hora del cinco de noviembre —dijo mientras la luz se alzaba tras nosotras. Miré hacia atrás y vi que en el barco se encendían los faroles. Los marineros se amontonaron en la verja, mirando intermitentemente las olas que los golpeaban y el *sushi* mutilado que se había desparramado por todas partes, colgando de sus cuerdas.

Me volví y vi que Agnes casi había desaparecido en el camino. Fui corriendo hacia ella, con la lluvia salpicándome el rostro.

—¿Y?

—Guy Fawkes, Guy Fawkes, era su idea, hacer volar por los aires al rey y al Parlamento —dijo.

Se encendió una bombilla en mi mente:

—«Tres barriles de pólvora pertenecerán / a la pobre Inglaterra a derrocar.»
Me miró, sorprendida.

—Tuve una institutriz inglesa —le expliqué.

—Entonces ya lo sabes. Hay unos católicos ingleses que quieren volar el Parlamento y cargarse a Jacobo I. No quieren un rey protestante y creen que su muerte devolverá el país al catolicismo. Podría haber funcionado, si uno de los conspiradores no hubiera tenido un familiar en el Parlamento. Recibió una carta advirtiéndole que saliera de la sesión del día siguiente y este se chivó.

—Y hallaron a Fawkes en el sótano con las pruebas horas antes de que el Parlamento se reuniera.

—Pero la Comunidad está aquí para ocuparse de que, esta vez, lo logre.

—¿Por qué iba a importarles a ellos nada de eso?

Aceleró el paso en lugar de contestar, probablemente como respuesta a los candiles que empezaban a aparecer a nuestro alrededor en todas las ventanas. Echamos a correr, resbalando en el barro y en el cristal mojado, hasta que

llegamos a la habitación de los frescos. Se oyeron gritos en el exterior y, jadeante, cerré de un portazo, aunque siguieron oyéndose.

—No les importa. Es su propia historia lo que esperan solucionar —respondió, mirándome y sonriendo. La adrenalina hacía que le brillaran los ojos—. Pero, antes de que pudieran crecer, el Círculo averiguó lo que tramaban y los cazó a todos, excepto a un hombre. Les costó siglos recuperarse. Supongo que piensan que provocar una gran guerra civil le daría al Círculo cosas más importantes de las que ocuparse.

Bajó por las escaleras y la seguí en silencio. Con el Círculo se refería al Círculo Plateado, la mayor asociación mágica del mundo, siendo una organización marco que abarcaba miles de aquelarres. Para la mayoría de los miembros de la comunidad sobrenatural, el Círculo representaba orden, seguridad y estabilidad.

Pero ese no era mi caso.

Situación que tenía mucho que ver con el hecho de que el Círculo, en aquel momento, intentaba matarme, con la esperanza de que una pitia más adecuada ocupara mi lugar. Ellos, por «adecuada» entendían alguien con el cerebro lavado desde la infancia, convencidos de que ellos eran infalibles. Llevan varios miles de años tratando a las pitias como si fueran sus chicas de los recados, y no les gustaba tener en la silla del jefe a una pitia independiente.

—Hablando del Círculo —empecé a decir, pero Agnes me puso la mano en la boca. Habíamos vuelto a entrar en la habitación exterior del sótano y supongo que no quería que alertáramos al mago sobre nuestra vuelta. Menos mal. Tenía la impresión de que el que hubiera un poquito de tensión entre la pitia y sus protectores mágicos era algo normal, pero supongo que todo eso del «te quiero ver muerta» la dejaba un poco alucinada.

Lo que me dejó alucinada a mí fue la reaparición del mago, pálido y con la mirada furiosa, escapando de la habitación de la pólvora a toda leche. Se topó conmigo y yo, instintivamente, lo agarré, recibiendo un puñetazo en el estómago a modo de respuesta. Le di una patada en la rodilla y él gritó, retrocediendo con el puño cerrado, aunque se detuvo cuando sintió la pistola de Agnes junto a la oreja.

—Adelante —le dijo Agnes—. El papeleo para conseguir un juicio es toda una putada.

—¡Tú si que eres una puta! —gruñó.

Me agarré el estómago y le puse mi pistola en la sien, mientras Agnes se sacaba una esposas del bolsillo de la chaqueta.

—Tengo un problema —le conté rápidamente, antes de que ella se alejara—. Soy una pitia de verdad, pero no sé lo que estoy haciendo y, en mi tiempo, no hay nadie que me pueda ayudar.

—Es un problema —confirmó, cerrando las esposas.

—Ya.

—Buena suerte. —Agarró al mago por el cuello.

—¡No te atreverás a largarte! —le grité furiosa—. ¡Te he ayudado!

—¡Casi haces saltar todo esto por los aires! De todas formas, aunque quisiera ayudarte, hay unas normas.

—¡Que le den a las normas! Has sido tú la que me has traído a este lugar dejado de la mano de Dios...

—No tenía ni idea.

—... ¿y crees que puedes largarte sin más? ¡Tienes una responsabilidad aquí!

Sacudí la pistola y, en mi azoramiento, accidentalmente se me disparó, y un trozo de ladrillo le cayó en la cabeza al mago. Parpadeó.

—Perdonen, señoras, ¿me permiten sugerirles...

—¡Cállate! —le espetamos al unísono. Se calló.

Agnes trató de moverse, pero la agarré de la muñeca, tirando de ella cuando intentó zafarse.

—¿Estás loca? —chilló, era como si hablara a cámara lenta.

El tiempo se tambaleó a nuestro alrededor: en un segundo, volvimos al lugar del que vine, con balas silbando junto a nuestras cabezas; después, estábamos en el futuro, viendo a un grupo de hombres vestidos con túnicas y ridículos sombreros examinando la puerta destrozada. Uno de ellos nos vio y palideció; en un instante, habíamos desaparecido, retrocediendo de nuevo.

Agnes, de alguna manera, logró echar el freno, sacándonos del torrente temporal con lo que juraría que sonó como un *pop* muy fuerte. Por un momento, nos quedamos ahí, con el color demudado y temblando, de nuevo en el punto de partida, pero con más heridas. No sé ellos, pero yo me sentía como si me acabara de bajar de una montaña rusa, mareada y algo indisputada.

—Necesito ir al baño —dijo el mago, con voz débil.

Agnes tomó aire profundamente y lo soltó, mirándome.

—Mientes muy mal. ¡Si hubieras sido mi discípula, se te habría ocurrido algo mejor que semejante mentira!

—¿Es que no me has oído? —le pregunté—. No me diste entrenamiento. Ese es el problema. Me encasquetaste este marrón y luego te moriste...

—*La, la, la*. No te oigo. —Se metió un dedo en la oreja, lo cual no servía de nada, ya que la otra mano la tenía todavía agarrando al mago por la camisa.

La miré fijamente. La última imagen que tenía de Agnes era en su heroica muerte para evitar que un iniciado descarriado llenara la línea del tiempo de porquería. En algún momento de mi idolatría, se me había olvidado lo extraña que podía llegar a ser. Por supuesto, si conservaba el puesto tanto tiempo como ella, supongo que no acabaría siendo muy normal tampoco. No era una idea demasiado alentadora.

—¿Qué cojones te pasa? —le pregunté, preocupada por si la última oportunidad que tenía de conseguir un mentor se iba por el desagüe, junto con su razón.

—¿Que qué me pasa? —Se sacó el dedo de la oreja para señalarme—. ¡Se supone que no puedes contarme esas cosas!

—No te he contado tanto... —le contesté, aunque me interrumpió con un gesto furioso.

—¡Me has contado muchas cosas! Tendré una discípula que no eres tú. Has dicho que yo te metí en todo esto, ¿qué le pasa a mi discípula? ¿Muere? ¿Se pasa al otro bando? —Agitaba las manos, golpeando la cabeza del mago contra la pared—. ¡No lo sé!

—Puede que ambas cosas —le aclaré, incómoda. La segunda heredera de Agnes, Myra, se había pasado al otro lado y había empezado a utilizar sus poderes para viajar en el tiempo en provecho suyo y de sus aliados. Agnes se vería obligada a matarla para eliminar la amenaza que suponía para la línea del tiempo, pero moriría en el intento, lo cual dejaría a una novata sin entrenar en el puesto de pitia: a mí.

—¡No me cuentes eso! —susurró, claramente horrorizada.

—Me lo has pedido.

—¡No! ¡No es verdad! Te estaba explicando la cantidad de información que podía obtener de nuestro encuentro si me paraba a pensarlo, lo cual no voy a hacer porque puede que ya me haya enterado de demasiadas cosas. ¿Y si algo de lo que dices me hace cambiar mis acciones del presente, mi presente, que acabe alterando tu futuro? ¿Has pensado en eso?

—No —dije, haciendo un esfuerzo por controlarme—. ¡Pero eso no cambia el hecho de que necesite que alguien me entrene!

—Las pitias anteriores no recibieron demasiado entrenamiento y, sin embargo, consiguieron apañárselas. Tú también lo harás.

—Eso es muy fácil decirlo. A ti te entrenaron. ¡Jamás tuviste que apañártelas por ti misma!

—Y una mierda. —Se puso la mano con la que no estaba asfixiando al mago en la cadera, en un gesto muy familiar—. Ningún entrenamiento te prepara para un trabajo como este.

—Pero, al menos, sabes cómo funcionan los poderes. ¡A mí nadie me ha dado ningún manual!

—No hay ningún manual. Si nuestros enemigos hubieran podido descubrir todo lo que sabemos hacer, habrían tenido mucho más éxito en su intento por destruirnos. Y el tiempo no basta para machacar a esos...

Se calló, ya que, en el otro extremo de la sala de la pólvora, una llave había abierto una cerradura. Agnes agarró la pistola y se la puso al mago en la sien con fuerza suficiente para dejarle una marca en la piel.

—Di una sola palabra, haz un solo ruido y te juro que... —susurró. Él parecía debatirse entre su ideología y el instinto de supervivencia, aunque supongo que ganó este último, ya que permaneció en silencio. O puede que no pudiera hablar porque ella lo tenía agarrado por el cuello.

Los tres escudriñamos la puerta inexistente y vimos fuego. Había un hombre de pelo moreno parado en el otro extremo de la habitación. Dejó el farol, que

se parecía mucho al del mago, lejos de los barriles, y empezó a moverlos. Iba vestido como el mago, excepto que llevaba un largo abrigo negro y unas botas. Las espuelas tintineaban suavemente en el silencio.

—Fawkes —murmuró Agnes. Le dio un golpecito al mago con la culeta de la pistola—. ¿Has cambiado algo?

No dijo nada.

—¡Contéstame!

—Las cosas no se hacen así —contestó, irritado—. ¡No puedes decirme primero que me vas a pegar un tiro si hablo y luego empezar a preguntarme!

Nos quedamos inmóviles mientras el otro hombre se detenía, mirando hacia nosotros, aunque sin ver nada. Donde nos encontrábamos, estaba muy oscuro. Nos habíamos dejado el farol cuando salimos a darnos una vuelta con la bomba, y este debía de haberse apagado, porque la única fuente de luz provenía del farol de Fawkes. —Se detuvo, olisqueando el aire húmedo, donde aún permanecía el olor acre de la explosión. No obstante, tras un instante, volvió al trabajo.

—Tenemos que acabar con esto cuanto antes —murmuró Agnes—. ¿Dónde estaba?

—Estabas diciendo que es difícil echarlo todo a perder. Pero es difícil, no imposible. Algunas cosas pueden cambiar. —En un viaje en el tiempo que hice hace poco, cambié por accidente una pequeña cosa, solo conocer a un hombre algunos cientos de años antes de lo debido, y el resultado fue desastroso. Casi nos matan a los dos.

—Claro que puede pasar —dijo con impaciencia—. Por eso estamos aquí.

—Pero ¿cómo sé yo lo que puedo y lo que no puedo cambiar sin peligro? —le pregunté, desesperada.

Agnes frunció el ceño.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, con tono plano y duro, a juego con el gélido color de sus ojos—. ¿Algún tipo de broma pesada?

—¿Qué? ¡No! Yo...

Tiró del mago y lo colocó a la altura de su rostro.

—¿Habéis reclutado a una mujer para que me engañe? ¿De eso se trata?

Él me miró y luego la miró a ella.

—Sí —contestó lentamente—. Me has pillado.

—¡Tendría que haberme dado cuenta! ¡Sabía que el poder no permitiría que dos pitias se conocieran! —exclamó entre dientes y me apuntó con la pistola. Me quedé mirándola fijamente.

—¡Está mintiendo!

—Si estuviera mintiendo ¡no me lo habrías preguntado! —me espetó—. Ninguna pitia lo habría hecho.

—¿Preguntarte qué? ¡Lo único que quiero es ayuda!

—¡Oh! ¡Yo te ayudaré! —contestó y arremetió contra mí. El mago aprovechó la oportunidad y se fue corriendo a la sala de la pólvora, mientras Agnes y

yo caíamos sacudiendo los brazos y las piernas, y ella trataba de esposarme, mientras yo intentaba zafarme de ella, sin que a ninguna de las dos se nos disparara el arma. No fue fácil. Juro que esa mujer tenía un brazo de más, porque, no sé cómo, logró agarrarme de las dos muñecas, mientras un pequeño puño me golpeaba la mandíbula.

—¡El mago está con Fawkes! —exclamé, jadeante, mientras un par de esposas se me cerraban en torno a las muñecas—. ¡Van a volar por los aires todo esto y vamos a morir!

—¡Sí, y si te dejo marchar, moriré más rápido!

—¡No voy a ayudarles!

—Ya lo sé. Te vas a quedar aquí esposada mientras yo me ocupo de esto.

La miré fijamente.

—¡Soy pitia! ¡No te necesito para abrir las esposas!

Se quedó en cuclillas, observándome con aire de mofa.

—Vale, pitia. —Agitó la mano—. Hazlo.

—Vale, ¡lo haré!

—Vale, venga.

Una de las pocas cosas buenas que tiene este odioso trabajo es la capacidad para trasladarme tanto en el tiempo como en el espacio. Lo cual es una forma bastante eufemística de decir que puedo aparecer y desaparecer de un lugar, igual que de un momento, algo que me ha salvado en más de una ocasión. He utilizado esa habilidad para trasladarme a otros continentes, así que escapar de unas esposas era un juego de niños.

Me desplacé un metro hacia la derecha, esperando librarme de las esposas. Una vez hice un truco similar y había funcionado muy bien. Pero, esta vez, las esposas se vinieron conmigo. Agnes se sacudió la falda con recato mientras yo lo volvía a intentar. Mi cuerpo se desplazó un par de metros a la izquierda, pero mis manos permanecieron igual de atadas que antes.

—¿Qué cojones?

—Esposas mágicas —murmuré.

—¡Quítamelas!

—Creía que no necesitabas mi ayuda.

Desde la habitación de la pólvora, oímos unas voces furiosas y el choque del acero.

—Puede que tú sí necesites la mía —le indiqué.

Lanzó un suspiro.

—Algunos días, de verdad que detesto mi trabajo.

Logré ponerme en pie, pero tener las manos atadas me hizo perder el equilibrio. Me caí sobre los escalones, reboté y acabé sentada sobre mi maltratado culo.

—Yo, el mío, lo odio en todo momento —dije, con amargura.

—Vale, eres una pitia.

—¿Pasamos juntas por todo esto y solo me crees cuando ves mi actitud?
Empezó a manipular las esposas.

—Eso, y el hecho de que la Comunidad no puede desplazarse en el espacio.

—Entonces, ¿por qué me has atacado?

—¡Porque se supone que no deberías estar aquí! ¡Se supone que ni siquiera se puede hacer!

—¡Puede que también el poder piense que necesito algo de ayuda —le aclaré.

—El poder no piensa. No es un ser dotado de percepción. Sigue un estricto conjunto de normas, como las de cualquier hechizo, ¡una de las cuales es que una no se puede entrometer en una misión que no tiene nada que ver contigo!

—No me estoy entrometiendo —le dije, malhumorada—. ¡Solo quería hablar! Eres tú la que...

—Y, aunque nadie te lo haya recordado, ¡nosotros somos los buenos! —añadió furiosa, interrumpiéndome—. ¡No vamos por ahí dando saltos en el tiempo!

—¿Nunca? —le pregunté incrédula. Porque, si Agnes no se hubiera saltado esa norma, yo no estaría viva.

—¡Oh, Dios! —Alzó las manos—. Ya estamos otra vez. Todos los iniciados empiezan creyendo que pueden salvar el mundo.

—¿Es que no puedes? Eres pitia. Puedes hacer lo que desees.

Se echó a reír.

—Sí, desde luego, eres nueva. —Tiró de las esposas—. Maldita sea.

—¿Qué?

—Se han atascado.

—¿Qué quieres decir con que se han atascado?

—Quiero decir que no se abren —contestó, paciente.

Empecé a tirar de ellas hasta que creí que se me iban a separar las muñecas.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Yo no diseño estas cosas. Solo las uso.

—¿Qué tipo de filosofía imbécil es esa!

—Tú conduces, ¿no? ¿Sabes cómo funciona un coche?

—¡En términos generales, sí!

—Bueno, en términos generales, sé como funciona esto, pero, por alguna razón, no se abren. —Las manipuló durante otro minuto hasta que, en la habitación de al lado, ya no se oía nada.

—¿Qué es lo que pasa? —susurré.

—¿Tengo que explicarte la diferencia entre ser clarividente y saber leer la mente? —Cejó en su intento de abrir las esposas, tiró de mí para que me levantara, y casi me disloca un hombro en el intento.

—Sigo sin fiarme de ti —dijo, frustrada—. Pero si me ayudas con estas dos, te daré alguna pista.

—¿Alguna pista sobre qué?

—¿Qué has venido a pedirme?

—¡Necesito algo más que eso!

—Es difícil.

Nos miramos durante unos segundos, hasta que suspiré y cedí. Una pista no era lo que estaba buscando, pero era mejor que lo que tenía. Y no parecía que fuera a conseguir nada más.

—De acuerdo.

Escudriñamos la puerta juntas, aunque no logramos ver nada.

La lámpara parecía haberse apagado, y el rumor de la pelea había desaparecido, lo cual, probablemente, no era nada bueno.

Sin previo aviso, Agnes empezó a caminar por la habitación en penumbra. La seguí como buenamente pude, pero correr en la más absoluta oscuridad con las manos atadas y el culo destrozado es más difícil de lo que parece, además, había obstáculos por todas partes. Agnes, de alguna manera, lograba sortearlos, pero yo tropecé con unas maderas y choqué con un pilar, arañándome la mejilla y aplastándome los dedos del pie en el proceso.

La perdí de vista mientras trataba de incorporarme y, después, casi la pierdo. De detrás de una columna salió un brazo que tiró de mí.

—Creo que me he roto un dedo del pie —dije, jadeando, y con un profundo dolor que me subía por la pierna.

—¡Cállate! ¡Están en una pequeña habitación que hay por ahí! —Señaló una puerta abierta que estaba ligeramente menos oscura—. El mago no lleva pistola, pero puede que Fawkes sí, así que no nos vayamos a hacernos las heroínas. —Se detuvo un instante.

—Perdona. Olvidaba con quién estaba hablando.

La miré, pero ella no me vio, ya que ya había comenzado a caminar. La alcancé e irrumpimos juntas en la pequeña habitación. El mago estaba sentado sobre un tonel, sujetando un anticuado fusil de mecha. Sus esposas sí habían desaparecido, me percaté de ello con envidia. Estaban en el suelo, junto con una espada y el farol. Fawkes estaba sentado junto a la pared y no mostró sorpresa alguna al vernos; de hecho, no pareció siquiera darse cuenta de que estuviéramos allí. Hechizado.

Todo eso vi en el segundo antes de que Agnes disparara al mago. Las balas le hubieran dado entre los ojos si él no estuviera utilizando escudos. Parecieron molestarle.

—Preferiría que no hicieras eso —dijo él, malhumorado, cuando ella se detuvo.

—No puedes tener los protectores para siempre. —Volvió a disparar—. Y ese fusil solo tiene una bala.

—Y ¿para quién de vosotras dos será? —contestó, con tono desdeñoso.

Agnes cambió de táctica.

—¿Y cuál es el plan, genio? Porque puedes volar todo esto, pero no serviría de nada. El Parlamento no se reúne hasta mañana por la mañana. Y, a medianoche,

los hombres del rey vendrán a joderte la diversión. Por eso fracasó Fawkes, ¿te acuerdas?

—Pero esta vez, cuando aparezcan, se van a encontrar un par de sorpresas.

—Señaló con la cabeza una hilera de pequeños frascos colocados sobre un barril. Era el tipo de frascos que los magos suelen utilizar en combate, y la mayoría de los hechizos que contenían resultaban letales.

—Pensaba que tu gente estaba en contra de la guerra —comenté, básicamente para darle a Agnes tiempo para pensar en algo. Yo no podía.

—De todas maneras, dentro de unos cincuenta años va a haber una guerra civil. Solo estamos adelantando un poco los acontecimientos, y construyendo un mundo mejor, ya de paso.

—¡Puede que en ese mundo mejor no estéis vosotros! Si provocáis ahora una guerra, podría acabar con vuestros ancestros, o cambiar el mundo de manera que vuestros padres jamás se conozcan. ¡Podrías estar suicidándoos!

—No si me quedo en este tiempo.

—¿Te quedarías aquí? —pregunté, incrédula.

—¡A diferencia de ti, yo he arriesgado mi vida para venir hasta aquí! —dijo, con brusquedad—. ¡Pues claro que me voy a quedar aquí!

Agnes me miró.

—Deja de tratar de razonar con este payaso. Venga, hazlo.

—¿Que haga qué?

—Detener el tiempo. Puedo controlarlo, pero no puedo hacerlo dos veces seguidas. Consume demasiada energía.

Me moví nerviosa.

—Eh, ¿Agnes?

—¡Mala suerte tener que ejecutar la misión teniendo que enfrentarte a dos pitias! —dijo, haciendo una mueca. El mago empezó a mostrarse algo preocupado.

De nuevo, volví a sentir que se me tensaban los músculos de la espalda. Por supuesto, puede que fuera a causa de las esposas.

—Eh, hay un... pequeño problema.

—¿Qué problema? Ya lo has hecho otras veces ¿no? —me preguntó.

—Bueno, sí. Pero, todo ocurrió tan deprisa, no estoy segura de exactamente...

—¡Ahora no me vengas con que no lo sabes hacer!

Me estaba mirando, así que le devolví la mirada.

—¡Eh! No estoy entrenada ¿te acuerdas? ¡Por eso estoy aquí!

—¡Por eso eres una inútil! —me gritó, dándome golpecitos en el hombro con la pistola. Su expresión era de furia, pero inclinaba la cabeza de una manera extraña, como si tuviera el cuello roto. Me quedé mirándola un segundo y comprendí que me estaba señalando los frascos del mago. *Oh, genial.*

Me volvió a dar unos golpecitos, esta vez, en el estómago, y me hizo daño. Me alejé de ella dando tumbos penetrando unos metros más en la habitación.

—Oh, así que, ¿qué? Como no puedo actuar al instante, ¿vas a dispararme?
¿Así funcionan las cosas?

—Puede que lo haga —contestó airadamente—. Una pitia que no puede hacer nada no sirve para nada. La gente de tu época seguramente me dará las gracias.

No sabía cuánto. Retrocedí unos pasos más, a una distancia desde la que casi podía alcanzar los frascos.

—No puedes matar a una pitia, ni a su heredera, de lo contrario, el poder no se traspasa —le recordé—. ¡Hasta yo sé eso!

—Para tu información, mocosa —añadió, apuntándome a la cabeza—. ¡Ya lo he hecho!

Agnes disparó una ráfaga, yo grité y la esquivé, fingiendo solo parcialmente el temor. Me tambaleé y golpeé el barril, volcándolo y tirando los frascos por todas partes. El mago soltó una maldición y me apuntó, pero Agnes agarró la espada de Fawkes, que estaba en el suelo, y lo atacó con ella. Él, instintivamente, se agachó y se cayó de espaldas desde su asiento.

Me arrojé al suelo, tratando de palpar a mis espaldas con las manos fuertemente atadas. Mis dedos dieron con dos pequeños frascos y los agarré. No los veía, pero daba igual, de todas formas, no hubiera podido saber lo que eran. Miré tras de mí y, en cuanto el mago levantó la cabeza, se los arrojé.

El primero explotó contra sus protecciones, desparramando un polvo seco anaranjado, que no pareció tener efecto alguno. Pero el segundo, un líquido azul, se llevó por delante un fragmento de los escudos. Empecé a buscar más frascos de ese tipo. Agnes iba disparando, a la vez que lanzaba de todo: junto a mi cara, pasaron un taburete, una antorcha apagada y una rata muerta, que acabaron aplastados contra los escudos del mago.

Esquivé la rata y entonces lo vi: otro frasco azul, oculto al pie de un tonel. Me agaché con torpeza y rebusqué en el mugriento suelo y, al fin, mis dedos dieron con él. No aguardé a que el mago volviera a nuestro presente, directamente lo arrojé hacia los barriles amontonados.

Por una vez, debí de tener buena puntería. Él lanzó un alarido y saltó de entre los barriles como si estuviera envuelto en llamas. Pasó corriendo por mi lado, desparramando chispas, habiendo salido de su sopor y... ¡oh, mierda!

—¡Está ardiendo! —grité.

Agnes le puso la zancadilla y él cayó, atravesando la puerta a trompicones. Ella se sentó sobre su trasero y le apuntó la cabeza con la pistola. Él se derrumbó como un saco de arena.

—Querías una pista —dijo jadeante, sacudiéndole las llamas de la espalda—. Pues aquí la tienes. Eres clarividente. Utiliza tu don.

Aguardé unos segundos, pero no añadió nada más.

—¿Eso es todo? ¿Esa es la gran revelación que me puedes hacer?

—¿Qué esperabas?

—¡Algo más! ¡Algo más! Tiene que haber... No sé, ¡algún truco!

—Tú eres el truco —me contestó—. ¿Por qué crees que siempre se elige a las clarividentes para que sean pitias? Si cualquiera fuera capaz de hacerlo, estos idiotas lo joderían todo cada vez que trataran de «mejorar» las cosas. Ellos no pueden ver el efecto que tendrán sus acciones; tienen que imaginárselo. Nosotras sí lo sabemos.

En algún punto entre los ojos, empezó a dolerme la cabeza. Hasta aquel momento, no me había dado cuenta de que había confiado demasiado en que Agnes me ayudaría, pero se negaba.

—Puede que tú sepas cómo hacerlo —repliqué—, pero mi don no funciona así. ¡Hay días que no funciona!

—Puede que tengas que practicar un poco más. Y, respondiendo a tu pregunta anterior, jugar con la línea del tiempo normalmente suele causar más problemas de los que resuelve. Puedes creerme.

—Así que, ¿eso es todo? —le pregunté furiosa—. ¿Eso es todo lo que puedes ofrecerme? ¿Qué no enrede con la línea del tiempo y que confíe en mi don?

—Eso es todo lo que, en realidad, te hace falta. —Agnes le agarró las manos al mago, se las puso en la espalda y se las esposó. Una vez lo tenía bien sujeto, alzó la vista y me miró y, por primera vez, su mirada contenía un halo de compasión—. Tu poder funcionará gracias a tu habilidad natural, ejercitándolo y con el tiempo. Al final, aprenderás sola todo lo que tienes que saber.

—¡Si fuera tan fácil, no se tardarían décadas en entrenar a una sucesora! —respondí rápidamente, antes de que le diera tiempo a volverse.

—Yo no he dicho que sea fácil. Nada en este trabajo lo es. Te he dicho que aprenderás.

—¿Y si no duro tanto tiempo! —grité, pero Agnes ya se había marchado.